

Redacción y Administración: Calle Cardenal Flundán número 9. (13). — Teléfono 616200 * (seis líneas). — Télex 72300. — Apartado número 49. Sevilla, 11 de abril de 1976. Número 22.640. Suscripción y anuncios: Velázquez número 12 (1). — Teléfono 223524.

CUANDO Rubén y su larguísima escolta de discípulos quisieron darle a la tristeza una localización adecuada para el contraste, como sujeto de la oración gramatical y como centro rítmico del verso alejandrino, escogieron una princesa. Pero no una princesa con impermeable de hule que apareciera cuidando en el muelle húmedo del Támesis de que no le robasen las maletas mientras arreglaba sus pasajes un amigo fotógrafo o tenor de opereta que iba a emprender con ella su viaje de novios.

Rubén, con esa lógica intuitiva que es privilegio de la poesía, quería una princesa de las de antes: asfixiada de sedas, terciopelos, hebillas de oro y rucas de marfil. Y agobiada, además, por un vocabulario también asfixiante de «libélulas», «hipsipilas» o «nenúfares». Juan Ramón, paseando por el parque de Sevilla, preguntaba a Pedro Salinas, que le acompañaba: «¿Cómo se llama esa planta con tallo tan corto que nada sobre la superficie del estanque?» Y Pedro Salinas le informa: «Son nenúfares; esa planta que usted, maestro, nombra en casi todos sus poemas.»

Es la misma adivinación intuitiva que, puesta a buscar el sujeto activo de esa tristeza principesca, la resuelve identificando el sujeto con Andalucía. «Andalucía está triste — ¿qué tendrá Andalucía? — los suspiros se escapan — de sus labios de fresa — que ha perdido la risa — que ha perdido el color.» El suspiro es, en el léxico burgués, un soplo de cansancio, una fatiga, casi física y eventual. En el ambiente lírico es, en cambio, un soplo de pena; que casi empieza a ser una copla. Y también casi el primer renglón de una monografía profesoral con la que Córdoba se ha comprometido. Porque Córdoba, la zona filosófica más averroísta y senquista de la orilla del Betis, anuncia para el otoño venidero una gran asamblea o congreso con el tema general, casi científico y casi lírico, que queda expresado en esa sola enunciación: «Andalucía».

Tenemos que decidirnos. El vestíbulo temático de los geranios, el aljibe, el

A LA MEDIDA

patio, está ya recorrido y explorado en todas sus direcciones. No hay más remedio que arriesgarse a la clasificación estadística y carencial «Andalucía subdesarrollada». Y en seguida, como esas colas de trapo que se pegan con engrudo a las cometas infantiles; como esas soleares que se pegan, sin querer, a la cola de un fandango, encarrarse con el rótulo latino: renta «per capita». El latín acude solfícito siempre para adecentar y dar prestigio a las cantidades negativas. Renta «per capita». Estremece el rótulo. Como decía el Séneca: el latinajo suena a misa..., a misa de difuntos, ya se entiende.

Se invierten los esfuerzos desesperados del humanismo latino por ponerse en fila con los que votaron por la vida: el gozo, el vino, las rosas, la parcela de Horacio o Anacreonte. La renta «per capita» tiende a escaparse por las espaldas del declarante buscando su otra alineación con la melancolía, bajo el patrocinio de Tibulo. Pero es inútil el pretender movilizarse y sentar plaza nada más que en las tropas victoriosas. La misma plástica, la misma naturaleza, pugna por abultar sus dimensiones confortantes.

Ya escribí hace tiempo que un olivo es lo que más se parece a un olivarero. Es un árbol gesticulante y casi epiléptico, que se afana por acomodarse a las dimensiones de su propio alegato y su propia protesta. Se diría que el arte de la agricultura andaluza buscó su escapatória para cumplir con la eficacia

productora y, al mismo tiempo, con su tradición estética. Todo, bajo el patronato plural de Moderato Columela.

Andalucía tiene que consumir el discordante y sutil milagro de empezar a ser estrictamente progresiva sin renunciar a ser sugestiva, colorista y bella. Como quien espera un chaparrón en día nublado, tiene Andalucía que encogerse en sí misma para que la lluvia la moje y el sol la embellezca.

Espero que ese congreso otoñal, convocado por primera vez este año, en torno a este único lema —«Andalucía»—, hará que los congresistas puedan adentrarse por esa plural investigación exenta de todo recelo o temblor de incurrir en pecado de separatismo, regionalismo o autonomía de color.

Andalucía era ya parte de la civilización tartésica cuando entraba en ella la civilización latina. Y ésta se preocupó desde el primer momento de escribir a todas las regiones españolas sin omitir nunca su primer apellido. La costa tartésica dirigía sus encíclicas a la «Hispania tarraconense», a la «Hispania lucitania», a la «Hispania bética». Ahora, ese congreso cordobés esperamos todos que riegue sobre Andalucía, según es tono de esta época, kilómetros, autopistas, cifras de importación o de exportación: los números sosos que tienen la virtud de transformar toda melancolía amarrada a la idea y el dolor de los subdesarrollos.

Góngora, en uno de sus más elegantes endecasílabos, señala así el grupo humano que le rodea en las cercanías de Córdoba: «Son los garzones de Andalucía».

Así mide el poeta a los toreros, caballistas, rejoneadores, y le resultan casi de igual estatura que la planta del trigo o del maíz... Entre esas estaturas y dimensiones moderadas esté todo el humanismo y todas las siembras y cosechas «del Andalucía». Así espero que encontrará ese congreso cordobés y otoñal todo preparado para una medida moderada que esté siempre a nivel y estatura de la eficacia humana.

José María PEMAN

De la Real Academia Española

La línea de pensamiento de ABC es independiente y no acepta necesariamente como suyas las ideas que nuestros colaboradores vierten en sus artículos publicados en nuestras páginas literarias.